

## PANORAMA DE LA CUENTÍSTICA CUBANA

El cultivo del cuento —tal como modernamente lo consideramos— resulta de aparición tardía en Cuba, incluso con relación al surgimiento de la novela. En rigor, el primer libro de cuentos en esta acepción que señalamos —*Lectura de Pascuas*, de Esteban Borrero Echevarría— no viene a publicarse hasta las postrimerías del siglo XIX (1899). El estudio de la cuentística cubana antes de esta fecha está aún por hacerse, pues, dadas las transformaciones del género, una cuidadosa revisión de las revistas literarias del siglo XIX, así como de las páginas de nuestros costumbristas, es factible que arroje un saldo de relatos que pudieran ubicarse dentro de lo que modernamente clasificamos como viñetas.

Con todo, el cuento no estuvo ausente de la producción de algunas de nuestras figuras literarias más valiosas del siglo XIX (Martí, quien en *La edad de oro* nos legó la más hermosa trilogía de relatos con que cuenta la narrativa infantil nacional; Casal, Manuel de la Cruz, Cirilo Villaverde y otros), pero ninguno de ellos recogió en volumen estas manifestaciones, las cuales, por otra parte, no constituyen lo medular de su actividad como creadores. Resulta lícito, pues, mientras no se realice la investigación que hemos señalado con anterioridad, considerar *Lectura de Pascuas* como el libro de partida de nuestra cuentística.

Es de deplorar que Borrero Echevarría no incluyera en este tomito su cuento filosófico «Calófilo», muy superior a las otras tres narraciones que conforman el volumen. Años más tarde publicaría el mejor de sus cuentos, «El ciervo encantado» (1905), alegoría de gran interés sociológico por la sutileza con que en él se aborda un tema —el de la frustración revolucionaria motivada por la ingerencia norteamericana— que habrían de desarrollar con posterioridad los novelistas de la primera generación republicana.

Pero la producción narrativa de Borrero Echevarría es escasa y lastrada por un demasiado evidente propósito filosófico. En realidad, la cuentística de temática cubana tiene su inicio en los cuentos de *De tierra*

*adentro* (1906), de Jesús Castellanos, cuyo acercamiento al campesino en este libro —tanto en lo temático como en lo formal— resulta, sin embargo, esteticista, externo. Póstumamente, su obra cuentística no recogida en *De tierra adentro*, la cual se inclina a un cosmopolitismo de decidida filiación naturalista, sin que por ello deje de encontrarse presente la nota de denuncia social que iría acentuándose en la producción ulterior de este autor, fue recogida al compilar sus obras la Academia Nacional de Artes y Letras en 1916.

Mientras que en poesía nuestro posmodernismo puede mostrar con orgullo el binomio Boti-Poveda y en la novela, aparte del propio Jesús Castellanos, Carlos Loveira y Miguel de Carrión lograron obras de incuestionable significación entre nosotros, en el período que media entre la publicación de *De tierra adentro* hasta la aparición de *La pascua de la tierra natal* (1928), de Luis Felipe Rodríguez, la única obra cuentística importante de autor cubano se desarrolla lejos de nuestra patria, aunque no completamente desvinculada de ella. Nos referimos, por supuesto, a la de Alfonso Hernández Catá, quien continuaría la directriz cosmopolita trazada por Jesús Castellanos bajo la influencia del gran modelo que para los cuentistas de la época representaba Guy de Maupassant. Ante los relatos de Hernández Catá palidecen los de Luis Rodríguez Embil, Miguel Ángel de la Torre y los muy escasos de Loveira y Carrión, quienes con mayor calidad literaria cultivaron el género en este período.

La otra directriz trazada por Jesús Castellanos encuentra su más alta expresión en la obra de Luis Felipe Rodríguez, quien con su ya citado libro *La pascua de la tierra natal*, y muy especialmente con Marcos Antilla (1932), al desviar su atención del propósito psicológico que movía a Castellanos y a Hernández Catá, y al centrarla en el sociológico hasta poner claramente de relieve la raíz de los males que afligían al campesino cubano, marca un hito en nuestra cuentística, cuyo rumbo ulterior será determinante por varias décadas.

El movimiento de vanguardia, particularmente fecundo en nuestra poesía, se dejó sentir también en nuestra cuentística. Un año más tarde que *La pascua de la tierra natal* aparece otro importante libro de cuentos: *El renuevo y otros cuentos* (1929), de Carlos Montenegro, auspiciado por la *Revista de Avance*, publicación en torno a la cual se centraba el movimiento de vanguardia. En 1930 escribió sus cuentos Arístides Fernández, aunque su impresión como libro no vino a realizarse hasta 1969. También en 1930, Pablo de la Torriente Brau, en colaboración con Gonzalo Mazas Garbayo, publica *Batey*.

La cuentística de estos tres autores ostenta diferencias sustanciales con respecto a la cultivada en las décadas anteriores. Arístides Fernández

resulta el más influido por las corrientes literarias de vanguardia y el que más se aleja en su obra de los cánones naturalistas imperantes hasta entonces en buena parte de nuestra narrativa. En algunos de sus cuentos pueden rastrearse elementos expresionistas y, en general, sus relatos constituyen un precedente de una cuentística «arrealista» (tomando el término en su acepción más estrecha) que, pasando por los narradores de *Orígenes* en los años cuarenta, va a encontrar su mayor cultivo en los primeros años de la década del sesenta.

Los cuentos de *Batey* no hacen entera justicia al talento narrativo que indudablemente poseyó Pablo de la Torriente Brau. Escritos antes de que su autor cumpliera los treinta años, se resienten de cierta ingenuidad, tanto formal como temática. Son cuentos de gran dinamismo, escritos con desenfado casi deportivo, de muy variada temática, los cuales acusan ya la benéfica influencia de autores norteamericanos —especialmente la de O'Henry— y una superación del naturalismo zolesco de los autores de la primera generación republicana.

La influencia de los escritores norteamericanos se torna más ostensible en la obra de Carlos Montenegro, quien con sus libros *El renuevo y otros cuentos* (1929), *Dos barcos* (1934) y *Los héroes* (1941), resulta el más asiduo cultivador del cuento en la década del treinta. Con todo, la miopía artística de este autor para avizorar los cambios en la sensibilidad del público que gestaban otros escritores lo mantuvo apegado a una cuentística tremendista, de un naturalismo exacerbado, con harta frecuencia de pésimo gusto, reiterativa hasta la monotonía de determinados artificios de composición que han envejecido notablemente.

Colaboraron también en esta corriente renovadora del género Federico de Ibarzábal, fuertemente influido por Conrad, con las narraciones *Derelictos* (1937) y *La charca* (1938), y Enrique Serpa, cuyos mejores cuentos —«Aletas de tiburón» y «La aguja»— se incluyen en el volumen *Felisa y yo* (1937). Años más tarde, Serpa publicaría otro libro de cuentos, *Noche de fiesta* (1951), en el que repite, sin superarlas, la temática y las técnicas formales de su primer libro, lastrado ya por un naturalismo tardío pleno de recursos melodramáticos.

El tema negro, que alcanzó en el género de poesía su expresión estética más afortunada entre nosotros, no dejó de tentar a los cuentistas. Lidia Cabrera, con sus colecciones de relatos *Cuentos negros de Cuba* (1940) y *¿Por qué...?* (1948), se destaca entre sus cultivadores. A ella se unen, entre otros, Ramón Guirao, Carlos Cabrera y Rómulo Lachatañeré.

La década del cuarenta al cincuenta es particularmente fecunda para nuestra cuentística. En ella llegan a su madurez o producen sus obras

más significativas algunos de nuestros más destacados narradores. La figura más importante entre los cultivadores del género en este momento es la de Lino Novás Calvo, cuyas narraciones *La luna nona y otros cuentos* (1942) y *Cayo Canas* (1946) constituyen la mayor denuncia a la actitud que hacia la tierra que lo acogió como a un hijo asumió su autor con posterioridad al triunfo de la Revolución. En ellas, la asimilación de las técnicas de los escritores mayores estadounidenses de la generación de los años treinta (en especial la de William Faulkner) alcanza su expresión más acabada.

De esta década son algunos de los relatos que con posterioridad recogerá en el volumen *Guerra del tiempo* (1958) la primera figura de nuestra narrativa, Alejo Carpentier. Surgen los primeros cuentos acabados de nuestros dos más señalados cuentistas contemporáneos: Onelio Jorge Cardoso y Félix Pita Rodríguez. Aparece también la antología de cuentos cubanos de José Antonio Portuondo, *Cuentos cubanos contemporáneos* (1947). Y, finalmente, es creado el Premio Hernández Catá, de tan saludable influencia para el desarrollo de nuestra cuentística. A este concurso anual, que se prolongó por más de una década, presentaron sus cuentos los más destacados narradores de aquel momento. Premios o menciones fueron obtenidos, entre otros, por Onelio Jorge Cardoso, Félix Pita Rodríguez, Dora Alonso, Ernesto García Alzola, Raúl González de Cascorro, Raúl Aparicio, José María Carballido Rey, Rosa Hilda Zell y otros.

En contraste con la década precedente, el período que media entre 1950 y el triunfo de nuestra Revolución muestra un cierto estancamiento en el proceso evolutivo del género. Es obvio que el clima político vivido durante la tiranía batistiana conspiraba en contra del cultivo pleno de la literatura. Entre *Cincuentenario* (1952), de Raúl González de Cascorro, hasta la publicación de *El cuentero* (1958), de Onelio Jorge Cardoso, el saldo de la producción cuentística en nuestro país resulta desalentador. El grupo que se nucleó en torno a la revista *Orígenes*, como se sabe, se consagró fundamentalmente al cultivo de la poesía; pero, aun así, algunos de sus integrantes incursionaron en el cuento de modo ocasional. Entre ellos sobresale Eliseo Diego, quien seguirá la directriz poético-imaginativa comenzada en los años treinta por Arístides Fernández —a quien el grupo reivindica—, en oposición a la línea criollista que continuaba prodigándose, pero ya con mengua de su eficacia artística.

Al triunfo de la Revolución, con respecto a la norma estética prevaliente, se aprecia una marcada tendencia, por parte de los escritores que forman su núcleo de avanzada, a liquidar, tanto temática como for-

malmente, los restos del criollismo cultivado en las décadas anteriores. En estos autores, la influencia de la literatura norteamericana, que ya habíamos apuntado como fuerza impulsora de nuestra cuentística a partir, primordialmente, de los años cuarenta, se torna decisiva, de modo especial en *Así en la paz como en la guerra* (1960), de Guillermo Cabrera Infante, obra en la cual —pese a la pretendida originalidad clamada por su autor— se torna demasiado evidente la imitación de sus modelos foráneos. (Un examen superficial de la obra permite apreciar lo mucho que de puro «pastiche» literario hay en ella. Cotéjese el comienzo de «Balada de plomo y hierro» con el de «Los asesinos» de Hemingway o «Abril es el mes más cruel» con algún que otro cuento de Salinger, por citar sólo dos ejemplos.)

El primer lugar jerárquico de la literatura norteamericana en el terreno de las influencias sobre nuestros escritores se mantendrá, aproximadamente, hasta 1966, cuando de modo paralelo comienza a observarse la influencia cada vez más creciente de modelos que proceden de la literatura latinoamericana. Es de resaltar el auge que en los primeros años de la Revolución tuvo la cuentística de la llamada «ficción científica» o la de mera fantasía, cuentística que, en general, tuvo como común denominador el desasimiento de la circunstancia inmediata y en particular del proceso revolucionario por parte de sus autores.

La temática del quehacer revolucionario, por supuesto, no había dejado de cultivarse del todo. Una muestra la tenemos en *Gente de Playa Girón* (Premio Casa de las Américas 1962), de Raúl González de Cascorro. Pero es a partir de esta fecha señalada cuando aparece una nueva promoción de cuentistas, quienes —si bien con características individuales muy definidas— se preocupan por expresar artísticamente la coyuntura revolucionaria que les toca vivir, bien abordando la temática de las luchas internas contra los enemigos de la Revolución, en particular la lucha contra las bandas contrarrevolucionarias en las montañas de El Escambray (buena parte de la producción de nuestros narradores más jóvenes ha abordado esta temática, así como la generada por la heroica victoria de nuestro pueblo en Playa Girón), bien tratando de traducir estéticamente en sus infinitas circunstancias cotidianas el ingente esfuerzo de nuestro pueblo por edificar el socialismo.

Entre estos autores se destacan Jesús Díaz (*Los años duros*, 1966), Julio Travieso (*Días de guerra*, 1967; *Los corderos beben vino*, 1970), Eduardo Heras (*La guerra tuvo seis nombres*, 1968; *Los pasos en la hierba*, 1970; *Acero*, 1977), Hugo China (*Escambray 60*, 1970; *Contra bandidos*, 1973), Sergio Chaple (*Ud. sí puede tener un buick*, 1969; *Hacia otra luz más pura*, 1975), Manuel Cofiño (*Tiempo de cambio*,

1969; *Y un día el sol es juez*, 1976), Enrique Cirules (*Los perseguidos*, 1971; *En la corriente impetuosa*, 1977), Joel James (*Los testigos*, 1973), Juan Leyva (*El soldadito rubio*, 1974) y Norberto Fuentes (*Condenados de Condado*, 1968).

Paralelamente a la obra de estos autores más jóvenes, cuentistas de generaciones anteriores continúan produciendo sus obras, tales como César Leante (*La rueda y la serpiente*, 1969), Noel Navarro (*La huella del pulgar*, 1972), Antonio Benítez (*Tute de reyes*, 1967; *El escudo de hojas secas*, 1968; *Heroica*, 1976), Gustavo Eguren (*Algo para la palidez y una ventana para el regreso*, 1969), Raúl González de Cascorro (*El jinete sin cabeza*, 1975); entre tanto, algunos de los cuentistas más destacados de los años cuarenta —Onelio Jorge Cardoso, Félix Pita Rodríguez, Dora Alonso— continúan desarrollando su obra con ejemplar espíritu renovador, como puede apreciarse en los cinco volúmenes de nuevos cuentos que con posterioridad al triunfo de la Revolución ha publicado esa figura señera de la cuentística latinoamericana que es Onelio Jorge Cardoso.

La más reciente promoción de cuentistas surgida con la Revolución comienza a darse a conocer hacia 1973 en nuestras principales publicaciones periódicas y está indudablemente ligada al desarrollo del ingente movimiento de talleres literarios en nuestro país, cuyo primer encuentro nacional tuvo lugar en 1974.

Si bien temáticamente hay numerosos puntos de tangencia con la promoción de 1966 —motivos de nuestra épica posrevolucionaria, zafras del pueblo, la campaña de alfabetización, etc.—, muchos de ellos comienzan a abordar nuevos temas que corresponden, por supuesto, a nuevas vivencias: la vida en las Escuelas Secundarias Básicas en el Campo, conflictos generacionales, experiencias de los jóvenes campesinos becados en la capital, el servicio rural, etc.

Se destacan entre ellos Omar González, quien obtuvo en 1978 el Premio Casa de las Américas en la modalidad de literatura juvenil con su libro *Nosotros los felices* (1978); Mirta Yáñez (*Todos los negros tomamos café*, 1976), Miguel Mejides (*Tiempo de hombre*, 1978), José Rivero (*En el último instante*, 1977) y, sobre todo, el malogrado Rafael Soler (*Campamento de artillería*, 1975; *Noche de fósforos*, 1976), cuya muerte accidental antes de cumplir los treinta años privó a nuestra narrativa de una de sus figuras más prometedoras.

Por último, no podemos dejar de referirnos a dos nuevas aperturas en la cuentística revolucionaria. Nos referimos a la literatura para niños y a la policíaca. La literatura dedicada a niños y a jóvenes, prácticamente inexistente antes de la Revolución, ha alcanzado un extraordinario

desarrollo a partir de 1959 y en especial después del Primer Congreso de Educación y Cultura, entre cuyas resoluciones se contaba la promoción de esta literatura. La gran revelación en el género es Nersys Felipe, joven autora pinareña que ha obtenido en dos ocasiones el Premio Casa de las Américas con *Cuentos de Guane* (1976) y *Román Elé* (1977), obras que la sitúan entre los más destacados cultivadores del género en la América Latina.

La literatura policíaca, que tampoco gozó del favor de nuestros narradores en la Cuba prerrevolucionaria, ha dado sus mejores dividendos en la novelística, pero cada día va en aumento la producción de los jóvenes cuentistas. Entre ellos se destacan Armando Cristóbal Pérez, Rodolfo Pérez Valero y el joven Juan Carlos Reloba, que acaba de obtener el premio de cuento en el último concurso policíaco auspiciado por el Ministerio del Interior.

El saldo de la cuentística cubana posrevolucionaria hasta la fecha resulta, quizá, el más satisfactorio que puedan mostrar los distintos géneros literarios cultivados entre nosotros en este período. Cada año los distintos concursos nos revelan el surgimiento de escritores noveles de alta promesa, los cuales, con gran frescura, van dejando la impresión literaria de la magna empresa que con su trabajo tesonero gesta nuestro pueblo. Nada obsta, pues, para que, haciendo suya la ya rica tradición que en el género posee nuestra literatura y asimilando lo más valioso de la narrativa universal, las nuevas generaciones de narradores deparen a Cuba un sitio de primerísima jerarquía dentro de la cada vez más pujante literatura latinoamericana.

SERGIO CHAPLE

*La Habana, Cuba, abril 1979.*

